

FERNANDO DE VILLENA, ENSAYISTA

ANTONIO MORENO AYORA

Catedrático de Lengua y Literatura

Excelente momento de creación está viviendo sin duda el granadino Fernando de Villena, que si hace solo unos meses publicaba su antología *Los colores del mundo* (Barcelona, Ediciones Carena, 2014), ahora, en pocos días, ha dado a la luz otros dos ensayos titulados *127 libros para una vida (Biblioteca)*, y *Visión del Siglo de Oro y otros apuntes*¹, estudios que pasamos a comentar, adelantando ya que el primero está dividido en trece secciones según trate de literatura antigua, medieval, renacentista, romántica, vanguardista..., con la particularidad de que es una de las pocas obras de este tipo en que vemos incluida la modalidad «Infantil y juvenil», que inicia el libro con referencias a los tebeos –«existían los quioscos para adquirirlos a un módico precio y las tiendas de trueque...»– y a la literatura oral o a la colección de Guillermo el Travieso. Son unas primeras páginas que marcan el ritmo ágil, el tono autobiográfico y el inevitable carácter sociológico que van a caracterizar todo el ensayo: «Los chicos de hoy raramente tienen unos padres dueños de su propio tiempo que se puedan permitir el lujo de contarles cuentos al anochecer y al despertarse ni tampoco tienen tías y abuelas que convivan con ellos y se ocupen de esa labor tan importante». Se ve claramente que la orientación sintética, esencializadora va a presidir todos sus comentarios y que es esa exigencia vital por compendiar lo necesario, como explica en su prólogo, la que lo ha llevado a «quedarme solo con ciento veinte o ciento treinta libros, los imprescindibles, esos que siempre quise releer y de los que hoy quiero hablarlos».

Escribe Fernando de Villena que «Ahora el mundo ha cambiado y los libros parecen constituir un estorbo para sus poseedores», razón por la cual en nuestro afán de imponer minimalismo en nuestros reducidas viviendas «los primeros destinados al destierro son ellos, los libros». Así que, obligados a reducir, a elegir, quedémonos al menos con lo mejor, con lo irrenunciable, con estos ciento veintisiete libros que

¹ Fernando de Villena, *127 libros para una vida (Biblioteca)*, Madrid, Ediciones Evohé, 2014; y *Visión del Siglo de Oro y otros apuntes*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 2014.

se nos proponen desde el convencimiento absoluto de un lector experimentado que habiendo dedicado tanto tiempo a leer y releer puede ayudarnos «a no malgastar el tiempo y el dinero con libros de esos que ven la luz y no dan luz, que roban las horas y no generan sabiduría ni duda ni inquietud ni asombro ni siquiera placer».

Adentrarse, de la mano de Fernando Villena, en ese bosque que es la literatura y ver trazadas en él las sendas que el ensayista va abriendo para transitar, primeramente, por la literatura antigua (*La Biblia*, *La Odisea*, las tragedias de Esquilo, *Las Metamorfosis* de Ovidio o *Los Anales* de Tácito, con otras y otras obras de aquel universo remoto) y después por la española que se inicia en el medioevo, sin olvidar nombres y títulos de la árabe o europea es un placer inmenso, porque se nos comenta lo mismo el «Romancero español antiguo» que los «Poetas del siglo XV», dando breves pinceladas sobre la lírica de su tiempo y destacando algunas aportaciones imprescindibles como pueden ser las *Coplas* de Jorge Manrique que cree que son exponente de «toda la melancólica resignación de un tiempo de pestes y de guerras». La visión que Villena tiene es la de una biblioteca ideal a la par que real, ofreciendo sus conocimientos literarios como si los estuviera ordenando en una gran sala donde va marcando secciones (por ejemplo, «Sección D. Literatura renacentista») y en cada una, a su vez, delimitando diferentes anaqueles –son tres los separados en esta sección inicial– para situar en ellos obras claves de obligado reconocimiento: advertimos, así, que hay un «estante primero» que contiene ordenados, entre otras, obras como *La Celestina*, *El Lazarillo*, las poesías de Garcilaso de la Vega... o *Los Lusíadas* de Camoens. De este modo se va alternando lo más genuino de la literatura nacional con lo más emblemático de la extranjera, por eso después encontraremos reposando en su lugar, para abrirlos y leerlos con las orientaciones personales de Villena, libros de Shakespeare, La Bruyere, Sthendal, Olga Janina o Iván Turguenev, y por fin a Umberto Eco y autores hispanoamericanos como Carpentier, Borges o Salas Viú.

Los siempre sintéticos comentarios aun cuando la obra referenciada sea grandiosa o particularmente extensa (véase lo referente a *El Quijote* o a *La vida es sueño*, por destacar solo dos de entre las muchas significadas) evitan que el lector se pierda en datos y en opiniones exhaustivas o contrapuestas: en dos escasas páginas traza la personalidad de Lope de Vega y destaca algunas de sus obras dramáticas e incluso líricas, promoviendo también si es necesario una postura personal al decir que «me parecen una vileza sus chanzas a la muerte del marido de Marta de Nevares [...]». Aunque la brevedad conseguida no va a impedir que se acuda a la cita de otros pareceres críticos para concretar o ampliar un punto de vista, lo cierto es que no abunda este recurso académico en aras de alcanzar la esencialidad y de potenciar la experiencia individual, por lo que asiduamente aflorará la primera persona del lector:

«Confieso mis preferencias por Shelley. Leí muy joven su *Adonais* y quedé impresionado ante aquella vibrante elegía...».

Se observa que este ensayo se sujeta a una continua línea cronológica a la hora de exponer los hechos literarios seleccionados, pero no solo atiende a autores y títulos concretos sino a veces también a compilaciones de época, de las que pueden citarse diversos casos, como el que se comenta en la página 163 y siguientes referido a la *Antología de cuentos de terror* –dentro del romanticismo británico– recopilada por Rafael Llopis y que –se escribe– «cayó en mis manos por vez primera en la Biblioteca pública de Almuñécar cuando yo contaba trece o catorce años». Así pues, el autor-lector incorpora a su texto toda cuanta experiencia, sensibilidad y comprensión literaria ha ido acumulando en su vida, de modo que en estas dilatadas y al fin y al cabo sucintas trescientas páginas (concretamente 318) hallamos todo un viaje literario y cultural –no olvidemos que se comentan o critican libros publicados incluso a principios del siglo XXI– al final del cual el ensayista se sincera y escribe: «Yo, ahora, en el 2012, no sé cuál es la postura más apropiada. Momentos hubo en mi vida en los que escribí por el propio placer de la escritura y otros en los que he intentado que mis libros sirvieran al lector no solo por su pretendida belleza y como entretenimiento, que ya es mucho, sino también por su lección de vida» (pág. 271).

Con estas palabras y con otras en las que reconoce (pág. 281) «Que nuestros ciento veinte y siete libros constituyen una lista arbitraria e insuficiente es algo indudable», concluye Villena su viaje por su particular parnaso y esboza como cierre una última sección titulada «Escritores a los que he tratado», la mayoría granadinos (como Enrique Morón, Antonio Enrique o José Lupiáñez), tras lo cual nos conduce a un epílogo en donde se muestra sincero y cercano para hablarnos de su inmutable amor a los libros y ensalzar «el placer de la belleza escrita, el consuelo y el consejo de tantas voces del pasado para nuestra humana fragilidad, la diversión de tantas historias y leyendas y fábulas...».

Precisamente en *127 libros para una vida (Biblioteca)* Fernando de Villena dedica sesenta y una páginas a hablar de la literatura del Siglo de Oro, incluyendo en ella la renacentista y barroca, tratando también en esta sección ciertas obras de autores extranjeros. Seguramente el ensayista granadino ha pensado que tiene mucho más que decir que lo escrito en este volumen pues casi paralelamente –solo unos meses después– ha hecho público el citado *Visión del Siglo de Oro y otros apuntes* –de 205 páginas–, en cuya brevísima «Nota previa» lo justifica por querer conjuntar páginas que antes «andaban dispersas por las hemerotecas y hoy he creído llegada la hora de reunir las». Y aunque de hecho diga el autor que son textos impresionistas –de acuerdo con él en que son ágiles y amenos– lo que realmente hallamos es un conjunto de artículos profundos, razonados (con breves notas a pie de página) y de una evidente

trabazón con muchos de los hechos literarios que caracterizaron la época aludida. En este sentido, resulta muy oportuno el prólogo que da unidad al conjunto: «Visión del Siglo de Oro», que acaba centrandó en el siglo XVII y diferenciándolo no solo a partir de la consideración de obras mayores sino también de otras secundarias que ayudan a precisarlo y a concluir que es la temática del «tiempo» la que implica «un fondo de verdad que da sentido y coherencia a toda la producción barroca».

Tras esto, dos originales capítulos dejan entrever la seriedad y concienzuda crítica de Villena, el primero sobre «El erotismo en los Siglos de Oro» (revisión de múltiples aspectos líricos, religiosos, teatrales y del entorno social) y el siguiente sobre «El humor en nuestros siglos áureos», que comienza con la afirmación de que «era algo habitual en los nobles de aquel tiempo divertirse a costa de cualquiera que tuviesen a su alcance» (pág. 45), y repasa aspectos del Quijote, la picaresca, Quevedo, Gracián...; mucho más breve este que aquel por lo que en realidad es más bien un esquema de lo que puede desarrollarse con más detalle. Y es, sin duda, esa brevedad –característica de los siguientes capítulos– la que justifica el título general del libro, que potencia el artículo inicial «Visión del Siglo de Oro» frente al resto «y otros apuntes».

Esos «otros» son exactamente veinticuatro, todos buen ejemplo del desarrollo conciso de una idea central, por eso todos también paradigmas de crítica solvente, clarificadora y bien cimentada en la teoría y la práctica literarias. Interesantes y reveladores todos de saber, de entre ellos podríamos destacar los titulados «Manierismo y barroco en Andalucía», «La inmortalidad de Gracián» (con la advertencia de cuál es la causa de que «apenas ningún lector medio se aventura hoy en la obra de Gracián»), o «Los Siglos de Oro y la Generación del 27», y asimismo otros dos que descuellan por ser dechado de valor histórico o de verosimilitud literaria que son «Los “avisos” de Pellicer» y «Otro libro de 1605», donde se defiende que para demostrar «lo que fueron nuestros Siglos de Oro nada mejor que esos títulos de segunda fila pergeñados a menudo sin demasiadas pretensiones literarias, con el deseo, ante todo, de informar o entretener».

Forman parte del conjunto determinados artículos en que se trata de muy diversos libros y autores cuyo rasgo común es no pertenecer precisamente a los Siglos de Oro y estar, por el contrario, vinculados al siglo XX, dejando entrever las lecturas que por algún motivo han llamado la atención del ensayista, que por ello unas veces destaca nombres concretos (los casos de Francisco Peralto, José Díaz Fernández o César González Ruano) y otras expone comentarios de entidad general o de temática amplia, vertiente a la que se adscriben «La tristeza española» o «Reflexiones sobre la poesía y el arte». En esta concreción o amplitud que suponen tales apuntes Fernando de Villena hace aseveraciones de muy diverso tipo, como aquella en que aclara

(pág. 47, 2º párrafo) que «estos siglos que nombran de oro y en verdad son lóbregos como noche sin luna, nos presentan otro tipo de humor: el de Gracián», o esta en que, refiriéndose a la época actual, señala que «el desconocimiento de las verdaderas obras magnas de la literatura y el gran descrédito y la apatía en que van cayendo por lo general los libros no solo se debe a la masiva aparición de los nuevos medios audiovisuales, sino también al hecho de que ahora se publica y se vende como algo extraordinario toda la bazofia del mundo» (pág. 164); e incluso esta otra en que dicta sentencia y que nos sirve para concluir: «Las obras valiosas, una vez publicadas, permanecen, y si no se las justiprecia en su tiempo, día llegará en que algún crítico avisado consiga resucitarlas. El presente pertenece a los impostores, pero el futuro corresponde solo a la Literatura auténtica».